

**“Nada podrá separarnos del amor de Dios
manifestado en Cristo Jesús”**

(Rm 8,39)



**Carta n. 6 a la Congregación
sobre la Esperanza**

Ilustración de la portada: La tormenta calmada (cf. Mt 8,23-27)

INTRODUCCIÓN

Queridos hermanos y hermanas,

¿Nos falta esperanza? Creo que es legítimo formular esta pregunta aunque la respuesta probablemente no sea tan sencilla. Hacernos presentes en el mundo implica tener una visión lúcida de la realidad tal como es, sin embellecer ni dramatizar. El cuadro tiene contrastes, hay luces y sombras. El mito del progreso continuo que ha marcado las mentalidades desde el Renacimiento se ha visto severamente sacudido. El siglo XX, fue un siglo de hierro y sangre: el de las atrocidades de las dos guerras mundiales y de los genocidios masivos. Hoy, las guerras y los conflictos siguen siendo numerosos, y además, al ya alarmante panorama ha venido a sumarse otro acontecimiento dramático: el de la destrucción acelerada de nuestra tierra y el agotamiento de los recursos naturales. Es cierto que ha habido avances notables con el aumento de la esperanza de vida, la mejora de la nutrición humana, el progreso de la educación para todos y la búsqueda de la paz. Por tanto, la realidad es compleja.

La Iglesia, por su parte, está pasando por una crisis profunda. Las viejas cristiandades occidentales se derrumban, y la secularización se está convirtiendo también en el horizonte de las sociedades donde se desarrollan las iglesias jóvenes. La desconfianza hacia los ministros de la Iglesia se generaliza tras las innumerables revelaciones de abusos y otros escándalos de los que algunos clérigos se han hecho responsables; las víctimas critican con razón la inercia de la jerarquía e incluso su complici-

dad probada. Y otro mal golpea a la Iglesia, tal vez más insidiosamente aún: el decaimiento de la fe y las faltas contra la fidelidad en la vida sacerdotal y religiosa. El Papa Francisco ha expresado recientemente su preocupación por los numerosos abandonos de personas consagradas.

“Estamos ante una “hemorragia” que debilita la vida consagrada y la vida misma de la Iglesia. Los abandonos dentro de la vida consagrada nos preocupan. Es verdad que algunos abandonan por un acto de coherencia, porque reconocen, después de un discernimiento serio, que no han tenido nunca vocación; pero otros con el paso del tiempo dejan de ser fieles, muchas veces tan sólo pocos años después de la profesión perpetua. ¿Qué ha ocurrido?”¹.

La Iglesia, a Dios gracias, no se reduce a la parte oscura y tenebrosa que la ensucia, ni a los abandonos que la afectan. Hay hombres y mujeres –los más, realmente– que son solidarios de los más pobres y de los excluidos de nuestro mundo. Muchos laicos se implican en la sociedad para hacerla más fraterna. Religiosos y religiosas viven su consagración con alegría y fidelidad. Están surgiendo nuevas figuras del cristianismo y de la Iglesia. El Evangelio sigue siendo para muchos una luz que ilumina el camino. Ante un mundo que cambia con tal rapidez, ¿Somos capaces de sostener esa mutación de la Iglesia? ¿Somos capaces de dar un testimonio de esperanza?

En este panorama, ¿Cómo nos situamos los cristianos, y más particularmente nosotros, asuncionistas, religiosos y laicos?

Reflexionar sobre la esperanza es volver a uno de los aspectos fundamentales del cristianismo. La esperanza, virtud teológica junto con la caridad y la fe, nos conduce con urgencia hacia

¹ Papa Francisco, discurso a los participantes en la Asamblea plenaria de la Congregación para los Institutos de Vida Consagrada y las Sociedades de Vida Apostólica (CIVCSVA), 28 en. 2017.

Dios. Sin ella, nuestro camino hacia el Reino se hace difícil y corremos el peligro incluso de perder lo esencial: el mensaje de Cristo. La esperanza nos sitúa en un nivel que no es el del optimismo. No se trata de confiar ingenuamente en el futuro, sino de creer que el mundo que nos es dado está abierto a la vida. Para el creyente esta vida, dada en abundancia y llamada a la plenitud, toma el nombre de vida eterna.

La enseñanza del Papa Benedicto XVI, en su encíclica *Spe salvi*, sigue siendo la referencia más reciente y más rica para profundizar en nuestra comprensión teológica de la virtud de la esperanza. El Papa Francisco, por su parte, ha pronunciado una hermosa catequesis sobre la esperanza que ofrece también una aportación interesante. Haré uso de la enseñanza de ambos en la redacción de esta carta. También haré incursiones en la obra de nuestro Padre San Agustín, que encierra profundas reflexiones sobre la esperanza.

Con esta modesta carta, persigo una ambición: hacer que la virtud de la esperanza crezca en nuestras vidas concretas. La esperanza es esa fuerza que nos impulsa a actuar en el mundo con la certeza de que Dios está con nosotros. La Asunción tendrá plena relevancia si los hombres y mujeres en ella comprometidos cultivan con pasión la virtud de la esperanza.

I. VER EL MUNDO TAL COMO ES

El cristiano está inmerso en la realidad. No es su vocación huir del mundo porque Dios lo ha puesto en él para que participe en su obra de creación. Este mundo, que Dios ha querido bueno, siempre es mejorable. El mal ha perturbado el plan de Dios y nosotros podemos contribuir a restaurar el proyecto original implicándonos de manera concreta para transformarlo. La

Encarnación del Verbo Eterno es la obra de salvación que constituye la prueba de que Dios se compromete a favor de nosotros en la historia de los hombres. El cristianismo es la religión que considera la historia de los hombres como el lugar privilegiado donde Dios salva a la humanidad del mal y de la muerte. La vida entregada de Jesucristo nos recuerda incansablemente que debemos comprometernos por la salvación de todos. Como dice nuestra Regla de Vida (nº 23): Dios “nos ha salido personalmente al encuentro para realizar con y por nosotros su designio de presencia entre los hombres y de comunión con ellos”.

El Asuncionista es hombre de su tiempo. Es solidario con los hombres y las mujeres, y su acción por la venida del Reino de Dios es el fin último de su vida. Los movimientos de Acción Católica han establecido un método para facilitar la buena inserción en el mundo con el fin de transformarlo según el plan de Dios. Se basa en tres verbos: Ver, Juzgar, Actuar. Creo que este método sigue siendo pertinente, si bien conviene añadir un cuarto: Orar. En efecto, toda acción humana debe situarse bajo el signo de la humildad y de la gracia de Dios. La oración nos recuerda de manera eminente que Dios es el verdadero actor de todo cambio verdadero.

Entonces ¡“ver”! El mundo es, como decía antes, complejo, difícil de interpretar. Pero, la empresa no debe desalentarnos. Tenemos que ver el mundo tal como es, es decir, tratando de liberarnos de prejuicios y condicionamientos varios. San Juan XXIII criticó duramente a los “profetas de desgracias”, personas que en la sociedad se dedican a hacer sonar la alarma, olvidándose de señalar también lo que en el mundo hay de bueno y de bello, y lo que está bien. Con todo, no se trata de caer en el angelismo y de mirar la realidad con cristales de colores. Ver es un ejercicio de lucidez y de honestidad. Una mirada lúcida es la

que percibe los contrastes. Para ver el mundo, hay que informarse seriamente. En mis visitas a las comunidades, constato que a veces hay una falta de apetencia por informarse sobre la vida del mundo. Con frecuencia nuestras preocupaciones se limitan a la pequeña realidad cotidiana o, a lo sumo, a la del país del que procedemos; pero la mirada raramente desborda los límites del espacio habitual. Manuel d'Alzon tenía una pasión por la humanidad que le impulsaba a informarse cotidianamente sobre lo que ocurría en el mundo. Basta, como prueba, ver la cantidad de periódicos, revistas y libros que leía. Pienso que podemos hacer un esfuerzo serio para informarnos mejor sobre el mundo absteniéndonos lo más posible de hacer juicios rápidos y definitivos. La lucidez confiere agudeza a nuestra mirada favoreciendo un mejor conocimiento de la realidad y de la actualidad. Se trata de una mirada "grande y amplia", la única que nos permite comprender la complejidad del momento y prepararnos para ser actores en reformarlo.

La Asunción recuerda que el Señor "*ha amado esta tierra*" (Sal 84). Nuestra misión es amar a este mundo para poder transformarlo y restaurarlo según el plan de Dios. Por tanto, es necesario no abandonarse a la crítica perpetua de los tiempos en que vivimos, sino de reflexionar sobre cómo poner remedio a las desgracias que nos abruman. Ya San Agustín había reaccionado con fuerza contra aquellos que se lamentaban de las dificultades de su época. El obispo de Hipona les había pedido que contribuyeran a la renovación actuando en el mundo:

"Malos tiempos, tiempos fatigosos —así dicen los hombres—. Vivamos bien, y serán buenos los tiempos. Los tiempos somos nosotros; como somos nosotros, así son los tiempos. Pero ¿Qué hacemos? ¿No podemos convertir a la vida santa a la muchedumbre de los hombres? Vivan bien los pocos que me escuchan; los pocos que viven santamente soporten a los muchos que viven malvadamente. Son granos, están en

*la era. En la era pueden tener a su lado la paja, pero no en el granero. Soporten lo que no quieren para llegar a lo que quieren”*².

La fe cristiana nos pide que nos involucremos. Ver, juzgar y actuar son inseparables. Con frecuencia nos limitamos a un concierto de lamentos y nos negamos a un compromiso concreto para transformar el mundo. La esperanza es lo decisivo para tener el coraje de actuar sobre una realidad complicada.

II. LA ESPERANZA CRISTIANA

¿Cómo entender la esperanza cristiana?

Antes de la venida de Cristo, la esperanza del pueblo judío se desplegaba ya en la vida de Israel. La espera, la promesa y la Alianza eran realidades vividas en la fe. Jesús es el heredero de esta esperanza mesiánica de todo el pueblo de la Biblia. Dios había hecho un pacto con su pueblo y se le dio la tierra prometida. Se esperaba a un mesías que sellara definitivamente la promesa de Dios.

Con Jesús, la esperanza sigue siendo un pilar de la Revelación divina. Aunque Jesús, en los Evangelios, no utiliza ni una sola vez la palabra “esperanza”, y sólo una vez la palabra “esperar” (Jn 5,45), es evidente que la esperanza está en el corazón del anuncio del Reino que llega. Parábolas, como la de la oveja perdida y encontrada, o el relato del Hijo pródigo, “hacen pasar sobre nosotros un soplo vivo y fresco de esperanza como nunca antes se nos había insuflado. De ello se desprende una primera lección, que resituía este tema en sus justas proporciones: quien abre la esperanza no es el que más pronuncia su nombre, y repetir mucho su nombre no hace que la esperanza surja. Pero si

² San Agustín, Sermón n°80.

lo que fundamenta la esperanza en acto es el acontecimiento y el advenimiento de Cristo, entonces será tarea de los cristianos, y en primer lugar de los apóstoles, hacer ver de qué manera, y por ende nombrarla y pensarla”.³

Bruno Frappat, escribió recientemente, en 2017, en el periódico *La Croix*, una crónica para el día de Pascua. Se titulaba: “Esperanza, balance”. Lo escribía poco después del ataque que había provocado la muerte de más de 50 cristianos coptos en Egipto el Domingo de Ramos.

“¿Qué espacio para la esperanza en una tragedia así, en un drama que podría inspirar palabras vengativas al creyente confrontado con el mal que Dios deja que se les haga a los suyos? ¿Qué nota de alegría cabe tender sobre este cuadro de infierno y abandono? ‘¿Por qué me has abandonado?’ Esta es la tonalidad de los días actuales en este planeta (...). Cuando fuera todo desespera, esta esperanza sólo tiene un refugio: nuestra interioridad, la relación íntima que podemos mantener con la vida, más allá de las desgracias y del dolor. (...) No lo dudemos, los supervivientes, los rescatados, se habrán congregado de nuevo el Domingo de Pascua para celebrar la Resurrección, que para ellos es sin duda la fuente del principio de esperanza. La certeza de que habrá otros amaneceres en sus vidas, mañanas claras, en que la luz venida del Oriente tome posesión poco a poco del lugar que ocupaban las tinieblas. (...) Porque la esperanza es también una cuestión, no sólo de voluntad y de fe, sino de solidaridad humana. Uno no puede esperar solo. Una mirada de ayuda, una mano tendida, una sonrisa luminosa, un rostro que cruzamos por los caminos, brazos abiertos, (...) esta eterna pro-

³ Jean-Louis Chrétien, *Sous le regard de la Bible (Bajo la mirada de la Biblia)*, Bayard, 2008, p.92.

mesa de resurrección, es decir, el reencuentro del hombre consigo mismo y con los suyos, los masacrados, los desaparecidos, los enlutados y los muertos dándose la mano por encima de las cadenas que hay tendidas cortando el camino que les es común”⁴.

La esperanza cristiana combate la resignación y la inercia. Es testimonio de que nada está definitivamente perdido. Dios está con nosotros. Esto pertenece al núcleo de nuestra fe. Ni las persecuciones abiertas o disimuladas, ni el anticristianismo que se propaga agresivamente, ni los pecados de la Iglesia, nada de todo eso puede detener la esperanza del creyente. Sabemos que Dios también nos hace confianza y nos asocia a su obra de redención. La tarea es inmensa.

En la catequesis del Papa Francisco sobre la esperanza, hay algunas afirmaciones primordiales para nosotros hoy:

“La esperanza no decepciona. El optimismo decepciona, ¡la esperanza no!”

*“Pero no hay que dejar que la esperanza nos abandone, porque Dios con su amor camina con nosotros. ‘Yo espero porque Dios está junto a mí’; y esto podemos decirlo todos nosotros, cada uno de nosotros puede decir: ‘yo espero, tengo esperanza, porque Dios camina conmigo’. Camina y me lleva de la mano. Dios no nos deja solos, el Señor Jesús ha vencido al mal y nos ha abierto el camino de la vida”*⁵.

“Dios camina con nosotros en Jesús, y caminar con Él hacia la plenitud de la vida, nos da la fuerza para estar de una manera nueva en el presente, a pesar de exigir esfuerzo.

Esperar para el cristiano significa la certeza de estar en camino con Cristo hacia el Padre que nos espera. La esperanza jamás está detenida,

⁴ Brunot Frappat, *Espérance, état des lieux* (Esperanza, estado actual de la situación) en *La Croix* n°40775, 15-16-17 abr. 2017, p.28.

⁵ Papa Francisco, Audiencia general del 7 dic. 2016.

*la esperanza siempre está en camino y nos hace caminar. (...)Y aquí podemos hacernos una pregunta, cada uno de nosotros: ¿Yo camino con esperanza o mi vida interior está detenida, cerrada? ¿Mi corazón es un cajón cerrado o es un cajón abierto a la esperanza que me hace caminar, no solo sino con Jesús?"*⁶.

Por su parte, Benedicto XVI escribe:

*"Nosotros necesitamos tener esperanzas –más grandes o más pequeñas–, que día a día nos mantengan en camino. Pero sin la gran esperanza, que ha de superar todo lo demás, aquellas no bastan. Esta gran esperanza sólo puede ser Dios, que abraza el universo y que nos puede proponer y dar lo que nosotros por sí solos no podemos alcanzar. (...) Dios es el fundamento de la esperanza; pero no cualquier dios, sino el Dios que tiene un rostro humano y que nos ha amado hasta el extremo, a cada uno en particular y a la humanidad en su conjunto. Su reino no es un más allá imaginario, situado en un futuro que nunca llega; su reino está presente allí donde Él es amado y donde su amor nos alcanza"*⁷.

Cristo es nuestra esperanza

La esperanza cristiana tiene nombre propio y ese nombre es Jesucristo. Antes del nacimiento de Cristo había la esperanza del pueblo de la Alianza, pero esa esperanza, tuvo su cumplimiento en Jesús; tal es nuestra fe. La espera mesiánica se realizó plenamente en Jesús.

Leamos de nuevo a San Agustín, que sabe decir con emoción lo que yo intento comunicaros. Está en sus *Confesiones*, en el Libro X:

⁶ Papa Francisco, Audiencia general del 21 dic. 2016.

⁷ Benedicto XVI, *Spe salvi*, n°31.

“¡Oh cómo nos amaste, Padre bueno, que no perdonaste a tu Hijo único, sino que le entregaste por nosotros, impíos! ¡Oh cómo nos amaste, haciéndose por nosotros, quien no tenía por usurpación ser igual a ti, obediente hasta la muerte de cruz, siendo el único libre entre los muertos, teniendo potestad para dar su vida y para nuevamente recobrarla. Por nosotros se hizo ante ti vencedor y víctima, y por eso vencedor, por ser víctima; por nosotros sacerdote y sacrificio ante ti, y por eso sacerdote, por ser sacrificio, haciéndonos para ti de esclavos hijos, y naciendo de ti para servirnos a nosotros.

Con razón tengo yo gran esperanza en él de que sanarás todas mis dolencias por su medio, porque el que está sentado a tu diestra te suplica por nosotros; de otro modo desesperaría. Porque muchas y grandes son las dolencias, sí; muchas y grandes son, aunque más grande es tu Medicina. De no haberse hecho tu Verbo carne y habitado entre nosotros, con razón hubiéramos podido juzgarle apartado de la naturaleza humana y desesperar de nosotros”⁸.

Cualquiera que sea nuestra indignidad, nuestro pecado, nuestros defectos, Dios nuestro Padre está ahí para sanarnos, para darnos la verdadera vida. Aunque pecadores, sabemos que la salvación nos es otorgada.

La venida del Verbo en nuestra carne es salvífica. Jesús se ha hecho cercano a nosotros hasta el punto de reconocernos como sus hermanos y hermanas, para librarnos de todo mal. Agustín comprendió que la fe cristiana nos devuelve la dignidad de hijos de Dios. Ningún ser, ni siquiera el más condenable, queda excluido de la misericordia y de la ternura divinas.

Nuestra adhesión a Jesús es lo que nos da la verdadera esperanza. La vida eterna es Él (“Yo soy el camino, la verdad, la vida” Jn 14,6). Por la fe, la esperanza y la caridad avanzamos en nuestro caminar.

⁸ Traducción de Ángel Custodio Vega Rodríguez (OSA).

Manuel d'Alzon amó a Cristo Jesús con pasión. Su espiritualidad, nuestra espiritualidad, está enraizada en la contemplación de los misterios de Cristo. Un Cristo conocido, amado e imitado (cf. *Directorio, Escritos espirituales*, pp. 28-31). Es urgente que profundicemos en nuestra relación con el Salvador: Él es la fuente de nuestra esperanza.

Es probable que una parte de los abandonos de la vida religiosa que menciona el Papa Francisco, tengan que ver con la pérdida de la relación íntima con Jesús. El amor se ha enfriado por monotonía y lasitud. En muchos casos, los medios para crecer en esa relación se han descuidado, o abandonado pura y simplemente: oración, compartir comunitario, lecturas espirituales y *lectio divina*, retiro anual, atención a los pobres y compromiso con el mundo. Manuel d'Alzon insistía en la necesidad de "conocer a Jesús" para poder amarlo e imitarlo. Es urgente, como dice el Ángel a la Iglesia de Éfeso (Ap 2,4), escuchar el reproche que se nos hace: "Tengo contra ti que has perdido tu amor de antes". También en esto, la esperanza nos da la certeza de que es posible renovarnos si volvemos a Dios. La esperanza es la virtud que hace posible la auténtica conversión. Sin esperanza, no es posible creer que podemos cambiar.

Esperanza y misericordia

Dios es toda justicia. No puede haber juicio sin misericordia porque el don que hizo de sí mismo en Jesucristo es para nuestra salvación y no para nuestra condenación. Ahí reside la esperanza del cristiano: en el día del Juicio la justicia de Dios será infinitamente misericordiosa. "Si te acuerdas de los delitos, Señor, ¿quién podrá resistir?" (Salmo 129):

"Desde lo más profundo grito a ti, Yahveh: ¡Señor, escucha mi clamor!

¡Estén atentos tus oídos a la voz de mis súplicas!

*Si en cuenta tomas las culpas, oh Yahveh, ¿Quién Señor resistirá?
Mas el perdón se halla junto a ti, para que seas temido.
Yo espero en Yahveh, mi alma espera en su palabra;
mi alma aguarda al Señor, más que el centinela la aurora;
más que los centinelas la aurora aguarde Israel a Yahveh.
Porque con Yahveh está el amor, junto a él abundancia de rescate;
él rescatará a Israel de todas sus culpas”.*

El *De profundis* es un salmo de esperanza. Podemos meditarlo sin cesar para dejarnos impregnar de la misericordia divina. Dios nos gratifica con su amor infinito a pesar de todos los desvíos en nuestras vidas y de nuestra infidelidad. La esperanza es más fuerte que nuestros pecados.

La misericordia de Dios es el signo de su omnipotencia. San Agustín ya lo había entendido así cuando en sus *Confesiones* se expresaba de este modo:

*“Nuestra única esperanza, nuestra única confianza, nuestra firme promesa es tu misericordia”*⁹.

Y también:

*“Y de cosas por el estilo está llena mi vida, por lo que mi única esperanza es tu grandísima misericordia. (...)¿O hay algo que puede reducirnos a esperanza, si no es tu conocida misericordia, puesto que has comenzado a mudarnos?”*¹⁰.

La misericordia fue el tema del año jubilar excepcional que proclamó el Papa Francisco (2015-2016). Su enseñanza renovó el enfoque de esta actitud profundamente arraigada en la Biblia. El Año de la Misericordia ha llevado a los creyentes a redescubrir el lugar del perdón: perdón dado a los que nos han ofen-

⁹ *Confesiones*, X, 32, 48.

¹⁰ *Ibidem*, X, 35, 57 y 36, 58.

dido, pero también perdón recibido en el sacramento de la reconciliación. ¿Qué lugar ocupa el sacramento de la reconciliación en mi vida? ¿Tengo suficiente apertura de corazón para percibir mi miseria y pedir la gracia de Dios?

La misericordia es una actitud fundamental en la vida comunitaria. En esto, igualmente, no se trata de “soportar” o tolerar el pecado, sino de tener confianza en Dios y no desesperar del hermano o la hermana, que, después de todo, tienen capacidad de conversión.

La esperanza cristiana hace posible soportar la debilidad y el pecado del otro. Se trata de esperar pacientemente la conversión, que es fruto de la gracia de Dios. Pero también hay que aceptar cambiar uno mismo, es decir, vivir nuestra propia conversión. La esperanza nos insta a creer que todos, incluso nosotros mismos, somos capaces de reencontrar el camino de la santidad.

Lanza del Vasto, un italiano fundador de comunidades marcadas por la no-violencia cristiana, decía que cuando vemos un pecado en un hermano tenemos que pedir a Dios que lo cure. Pero si las cosas tardan, también tenemos que pedir a Dios que nos sane a nosotros de ese pecado.

III. AVE CRUX SPES UNICA MEA! SALVE, CRUZ, MI ÚNICA ESPERANZA

Este himno es un canto a la cruz del Señor. Nos recuerda que la cruz es nuestra única esperanza. Esto es paradójico ya que la cruz es el símbolo de un suplicio de muerte. Pero la Buena Nueva invierte la propuesta, pues si nosotros somos salvados y perdonados es por la muerte de Jesús, por el don pleno de su vida. A quien es religioso le hará bien recordar la meditación

del Padre d'Alzon sobre el crucifijo que él llama “el Amigo de todos los días” (E.S. p. 1229-1232).

“¿Por qué la crucifixión, y no simplemente la resurrección, es una fuente de esperanza? Porque confirma que incluso la desolación no es ajena a Dios, que no asume simplemente la naturaleza o la existencia humana, sino también todo lo que significa ser un cuerpo, y un cuerpo torturado por la violencia y el dolor. El acontecimiento de la crucifixión de Jesús confirma que, más allá de la violencia física y del sufrimiento, incluso el sentimiento de ser abandonado por Dios no es ajeno a Dios”¹¹.

Vivir en esperanza es siempre confiar en Dios, cuya bondad desborda ampliamente nuestras cobardías, nuestras desesperanzas y nuestra indiferencia.

La esperanza anima y colorea la fe. “Orienta la fe hacia lo que está llegando, a partir de lo que Jesús anunció y de lo que le sucedió en su última Pascua. No deja inmóvil a la fe, sino que, al igual que el amor, la dinamiza. Su horizonte es sobre todo el Dios que viene (Apc. 1,8) y, con esta venida, el advenimiento del reino de la *justicia* que procede de Dios, es decir, relaciones justas a todos los niveles. En un mundo donde la injusticia es flagrante, donde todavía reinan el miedo y la muerte, la esperanza de la fe es siempre una esperanza ‘contra toda esperanza’ (Rom 4,18)”¹²

Pero hay que recordar el desafío que se nos plantea. La esperanza no es espera pasiva de un mundo mejor. “Lo que viene orienta nuestra manera de ser y de actuar *en nuestro presente*. La ‘nueva creación’, el ‘ente nuevo’ no son simplemente realidades

¹¹ Christophe Chalamet, *Une voie infiniment supérieure (Una vía infinitamente superior)*, Labor et Fides, 2016, p.148.

¹² Ibidem, p.151.

futuras: Pablo lo indica cuando habla de las ‘arras’ o ‘primicias del Espíritu’, es decir, de un anticipo del final en el tiempo presente, de un ‘ya’ en el corazón mismo del ‘todavía no’”.

Cuando miramos a los países en los que vivimos, podemos hacer el inventario de las injusticias y violaciones de la dignidad humana. La lista es infinita: masacres en la República Democrática del Congo; asesinatos de sacerdotes en México; ejecuciones sumarias en Filipinas; angustia de los migrantes en el Mediterráneo; etc. La Asunción debe ser capaz de dar testimonio de que hay un futuro posible, es decir, de una esperanza que es fuente de renovación y de cambio radical. Uno corre gran peligro, probablemente, al exponerse condenando vehementemente las injusticias del momento, pero la dimensión profética de nuestra vocación nos urge a no permanecer indiferentes.

IV. ACTUAR AQUÍ Y AHORA

*“Entre nosotros, los cristianos, hay el vigor de la esperanza y la firmeza de la fe; incluso entre las ruinas de un siglo que se desmorona, nuestro espíritu permanece en pie, nuestra virtud inmóvil, y nuestra paciencia no carece nunca de alegría; nuestra alma está siempre segura de su Dios. (...) El cristiano niega que un hombre de Dios, un hombre que da culto a Dios, como está apoyado en la certeza de la esperanza, como está alzado sobre el fundamento estable de la fe, pueda ser sacudido por las furiosas acometidas del mundo y de su tiempo”.*¹³

La esperanza determina el compromiso del cristiano. No tenemos otra opción. Si estamos llenos de esperanza, no es la inercia lo que nos caracteriza, sino la acción decidida en el mundo.

¹³ San Cipriano de Cartago, *Carta a Demetriano* 20.

De esta manera, damos testimonio de que todo sigue siendo posible, sean cuales sean las condiciones actuales, incluso en la realidad oscura y sin horizonte. Nuestro deber es comprometernos *hic et nunc*, aquí y ahora. El optimista espera días mejores, el hombre de esperanza actúa para renovar el mundo aquí y ahora.

El Señor nos da signos de esperanza, no para que “espereemos todo el día sin hacer nada” (cf. Mt 20,6), sino para que pongamos manos a la obra, para que seamos, con su gracia, los artífices de una obra que nos supera y cuya culminación no debemos pretender que veamos aquí en la tierra. “¡Trabajad hasta que yo llegue!” (Lc 19,13).

La fe en Dios y la fe en la Buena Nueva traída por Jesús nos impulsan a actuar en pro del Reino. No podemos quedarnos cruzados de brazos sin hacer nada. El optimista es un hombre que se acuesta cada noche pensando que mañana será mejor. El hombre, la mujer que viven de esperanza conocen la dura realidad del tiempo presente, pero se comprometen resueltamente para transformarla. Como Dios, ante el sufrimiento de su pueblo en Egipto, exclamó:

“Bien vista tengo la aflicción de mi pueblo. (...) He bajado para librarle de la mano de los egipcios y para subirle de esta tierra a una tierra buena y espaciosa: a una tierra que mana leche y miel” (Ex 3,7-8), así el creyente sigue teniendo hoy la misma solicitud por sus hermanos y hermanas, por toda la Creación. La filantropía divina se despliega en la fraternidad humana.

Las Bienaventuranzas son nuestra guía para la acción. Podemos releerlas y dejarnos guiar por ellas. Bienaventurados los pobres, bienaventurados los afligidos, bienaventurados los mansos, bienaventurados los misericordiosos, bienaventurados los puros de corazón, bienaventurados los afligidos, bienaventurados los pacificadores, bienaventurados los perseguidos a

causa de la justicia... hay para hacer un buen ejercicio comunitario y entrar en la renovación de la esperanza.

V. LA TENTACIÓN DE LA DESESPERANZA

Frente a la dura realidad, hay una tentación que nos acecha a todos, la de la desesperanza. Me parece apropiado llamar a esto una "tentación" porque podemos dejarnos deslizar en esta trampa que ponen ante nosotros las fuerzas del mal. La resignación es una rendición, una traición, una deserción. En la literatura contemporánea abundan estos personajes que van desilusionados, marcados por un nihilismo salvaje y sin horizonte. El cine no anda corto en la supresión de los "happy ends", finales felices. La moda cinematográfica de hoy es la pasión por el género "apocalíptico", un género en el que se desecha toda esperanza. Y también el cristiano está tentado a veces de abandonar la esperanza. Ahora bien, sin esperanza ya no hay fe.

El Papa Francisco nos ha prevenido contra la "pérdida de esperanza", y nos invita a un vivo arranque para proseguir el camino:

"Estamos llamados a convertirnos en hombres y mujeres de esperanza, colaborando con la venida de este Reino hecho de luz y destinado a todos.

*Pero qué feo es cuando encontramos un cristiano que ha perdido la esperanza: «Pero yo no espero nada, todo ha terminado para mí», es lo que dice un cristiano que no es capaz de mirar horizontes de esperanza y delante de su corazón solo ve un muro. ¡Pero Dios destruye estos muros con el perdón!"*¹⁴

A mí me gusta hacer incursiones en la literatura para comprender a nuestro mundo. Entre mis autores favoritos está

¹⁴ Papa Francisco, Audiencia general del 14 dic. 2016.

Georges Bernanos. Era un hombre a veces excesivo en sus tomas de posición, pero Dios ¿No vomita a los tibios? (Ap 3,16) En su última novela, *Don Ouine*, un sacerdote, dice lo siguiente: “Sin embargo, llegará la hora en que, en un mundo organizado para la desesperanza, predicar la esperanza será lo mismo que arrojar un carbón encendido dentro de un barril de pólvora”. Los creyentes de hoy pueden llegar a ser sospechosos por su virtud de esperanza. En efecto, son portadores de una “memoria peligrosa” como dice el teólogo alemán Johann Baptist Metz, la de la resurrección, la del poder de vida traído por Cristo. La virtud de la esperanza es la que nos apremia a cultivar esa memoria peligrosa, a pesar de todos los obstáculos que se oponen a ello. Esa memoria reconoce a los excluidos de la historia, a los pobres y a los pequeños, la capacidad de cambiar el orden del mundo para hacerlo mejor. Tiene un carácter subversivo que asusta a los poderosos.

También en la Asunción, puede estar acechándonos la tentación de la desesperanza. Las rápidas convulsiones que se están dando en la fisonomía de nuestra congregación pueden crear un fondo de ansiedad y de temor. La escasez de vocaciones en Occidente, la fragilidad de algunas vocaciones, las dificultades económicas recurrentes y generalizadas, la crítica a la que nuestras sociedades secularizadas someten a los creyentes, todo eso contribuye a crear un clima osco y pernicioso. Pero en esas situaciones precisamente es donde tenemos que dar testimonio de la esperanza cristiana. La Asunción, a diferencia de la Iglesia, no tiene las promesas de la vida eterna. Pero no es eso lo que está en juego para nuestra familia religiosa. Nuestra vocación es trabajar por la venida del Reino de Dios, y no nos corresponde a nosotros poner condiciones previas antes de comprometernos. Nuestra consagración religiosa es un compromiso solemne para ser enviados a la viña del Señor; y hemos de trabajar

con todas nuestras fuerzas y de todo corazón a fin de renovar la faz de la Tierra.

Hemos sido fundados por un hombre, Manuel d'Alzon, apasionado de Dios, de Cristo, de la Iglesia. Tenemos que profundizar en la vida de nuestro fundador para descubrir cómo vivió él la esperanza en el día a día de su existencia:

“La esperanza será para nosotros el principio de una confianza absoluta hacia Nuestro Señor en todas nuestras pruebas. Fue en el momento de su Pasión cuando dijo a sus apóstoles: ‘No se turbe ni se asuste vuestro corazón: creéis en Dios, creed también en mí’. Cualquiera que sean las pruebas que nos ocurran, tendremos confianza en que, mientras nosotros seamos fieles, él no nos abandonará...” (Escritos Espirituales, p. 56).

VI. ESPERANZA Y COMUNIDAD

La esperanza cristiana no es individualista. No se trata sólo de “salvarse a sí mismo” en una búsqueda egoísta que se niega a servir a los demás. Esta perversión de la palabra esperanza ha arraigado en muchos, en paralelo con el progreso de las ciencias y las tecnologías. La salvación parecía estar reservada para el progreso científico. A la esperanza sólo le quedaba atender a las almas cuando la ciencia ya no podía hacer nada por ellas. Así puede uno entender la reacción marxista, que trató de traer una salvación materialista para ayudar a todos aquellos que el progreso dejaba descolgados.

El Papa Francisco en su catequesis sobre la esperanza ha recordado el papel que juega la alegría en el testimonio de la esperanza. En comunidad, ¿Tenemos esta alegría que transforma el corazón de cada uno? Escuchemos a Francisco:

“Una de las primeras cosas que les pasa a las personas que se separan de Dios es que son personas sin sonrisa. Quizás puedan reírse a

*carcajadas, una detrás de otra, un chiste, una carcajada... pero les falta la sonrisa. La sonrisa la da solamente la esperanza: es la sonrisa de la esperanza de encontrar a Dios”*¹⁵.

La vida comunitaria, con la práctica de la fraternidad que la caracteriza, es una escuela de esperanza. Vivimos juntos para progresar juntos hacia el Reino. La búsqueda de Dios es personal, pero no solitaria. Se basa en la comunidad de creyentes -la Iglesia- pero, para un religioso, se despliega concretamente con los hermanos que le son dados.

VII. UN ANCLA EN EL CIELO

*“Por eso Dios, queriendo mostrar más plenamente a los herederos de la Promesa la inmutabilidad de su decisión, interpuso el juramento, para que, mediante dos cosas inmutables por las cuales es imposible que Dios mienta, nos veamos más poderosamente animados **los que buscamos un refugio en la esperanza propuesta, que nosotros tenemos como segura y sólida ancla de nuestra alma**, y que penetra hasta más allá del velo, adonde entró por nosotros como precursor Jesús, hecho, a semejanza de Melquisedec, Sumo Sacerdote para siempre”* (Hb 6,17-20).

Este pasaje de la Carta a los Hebreos nos da una poderosa imagen de la esperanza cristiana. Es como un ancla que nos sujeta firmemente al santuario del cielo, es decir, al Reino de Dios. Igual que un barco sacudido por vientos en contra, zarandeado por la tormenta, así la Iglesia, el Pueblo de Dios, la humanidad no cede a la tentación de la desesperanza. Sabemos que ya estamos salvados en Jesucristo. La esperanza es esta virtud que nos amarra a las realidades del cielo. Aunque el mundo esté pasando por muchas pruebas, el creyente sabe que Dios no lo

¹⁵ Papa Francisco, Audiencia general, 7 dic. 2016.

abandona. El ancla (la esperanza) es lo que nos sujeta con fuerza al amor de Dios, que nunca fallará.

Me gusta esa imagen de la barca con su ancla prendida del cielo. Esa es la realidad de la “barca de San Pedro” de la que hablaba el Cardenal Josef Ratzinger en la novena estación del Vía Crucis en el Coliseo, el 25 de marzo de 2005:

“Señor, frecuentemente tu Iglesia nos parece una barca a punto de hundirse, que hace agua por todas partes. Y también en tu campo vemos más cizaña que trigo. Nos abruma su atuendo y su rostro tan sucios. Pero los ensuciamos nosotros mismos. Nosotros somos quienes te traicionamos, no obstante los gestos ampulosos y las palabras altisonantes. Ten piedad de tu Iglesia: también en ella Adán, el hombre, cae una y otra vez. Al caer, te arrastramos a tierra, y Satanás se alegra, porque espera que ya nunca podremos levantarnos; espera que tú, arrastrado en la caída de tu Iglesia, quedes abatido para siempre. Pero tú te levantarás. Tú te has reincorporado, has resucitado y puedes levantarnos. Salva y santifica a tu Iglesia. Sálvanos y santifícanos a todos”.

La Iglesia se ve sacudida por todas partes, los católicos pueden tener la impresión de un naufragio inminente, pero la esperanza –ancla que nos amarra fuertemente a las realidades eternas– nos hace estar firmes en la fe. Es bueno que releamos el comentario de San Agustín sobre este episodio de la tormenta calmada porque nos da la clave para hacer frente a las diversas tormentas que padecemos. Para Agustín, el que seamos sacudidos por todos los vientos del momento se debe a que nuestra fe en Jesús está dormida:

“Cada uno interroga a Cristo en su fe; pero la fe se halla dormida. Con razón fluctúa, porque Cristo se halla dormido en la nave. Dormía Jesús en la nave, y por eso zozobraba la nave entre las aguas y la gran

tempestad. Vacila el corazón cuando Cristo duerme. Pero Cristo siempre vigila. Entonces, ¿Qué significa 'Cristo duerme'? Que duerme tu fe. ¿Por qué te agitas aún en la tempestad de la duda?

Despierta a Cristo, despierta a tu fe. Mira la vida futura con los ojos de la fe, por la cual creíste, por la cual fuiste signado con la señal de Aquel que vivió esta vida para mostrarte hasta qué punto debe ser despreciada aquella que amas tú y hasta qué punto debía ser esperada aquella en la cual no creías. Luego, si despertares la fe y dirigeses tus ojos a las cosas postreras, al siglo futuro, en el cual nos gozaremos después de la segunda venida del Señor, después de concluido el juicio, después de ser entregado el reino de los cielos a los santos (...) no zozobrará nuestro negocio”¹⁶.

El tema de “Cristo dormido”, figura de la fe del hombre que dormita, es una reflexión capital en la obra de Agustín, que la ha desarrollado varias veces. Es una invitación para que nosotros hoy salgamos de nuestro letargo y despertemos nuestra fe en Jesucristo.

Estamos llamados a habitar en la esperanza. “Habitar en la esperanza es vivir caminando, e incluso titubeando, cayendo y levantándonos constantemente, todavía y siempre frágiles, en una luz que no tenemos y que no somos, pero a la que ya pertenecemos por el hilo, tenue y recio a la vez, de nuestra mirada espiritual, que nos ‘ancla’ en el cielo (Hb 6,19)”¹⁷.

Como ha dicho San Agustín en múltiples ocasiones, somos peregrinos del Reino y nuestra Patria está en el cielo. El camino, a menudo escabroso, por el que transitamos se ve oscurecido a

¹⁶ San Agustín, comentario al salmo 147.

¹⁷ Jean-Louis Chrétien, *Fragilité (Fragilidad)*, Editions de Minuit, 2017, p.194.

veces por la dura realidad, pero si nos aferramos firmemente al ancla de la esperanza, no nos extraviaremos.

VIII. ESPERANZA Y ORACIÓN

El Papa Benedicto XVI, en su encíclica *Spe Salvi*, desarrolló una profunda reflexión sobre los medios para hacer crecer la esperanza. Evoca tres principales: la oración, la acción y el buen juicio. Me parece interesante citar algunos extractos para renovar nuestro compromiso en la oración. Para Benedicto XVI, la oración es “una escuela de esperanza” (§ 32-34):

“Cuando ya nadie me escucha, Dios todavía me escucha. Cuando ya no puedo hablar con ninguno, ni invocar a nadie, siempre puedo hablar con Dios. Si ya no hay nadie que pueda ayudarme –cuando se trata de una necesidad o de una expectativa que supera la capacidad humana de esperar–, Él puede ayudarme. Si me veo relegado a la extrema soledad...; el que reza nunca está totalmente solo”.

El Papa emérito cita entonces la hermosa figura del Cardenal Nguyêñ Van Thuan, un vietnamita que pasó trece años en prisión. ¿Cómo no hacer memoria de todos aquellos que todavía hoy sufren persecución política en nombre de su fe?

Benedicto XVI prosigue haciendo un desarrollo sobre el vínculo entre la oración y la esperanza en San Agustín, articulando su reflexión en torno a la noción de deseo. La oración es un ejercicio de deseo:

“El hombre ha sido creado para una gran realidad, para Dios mismo, para ser colmado por Él. Pero su corazón es demasiado pequeño para la gran realidad que se le entrega. Tiene que ser ensanchado” (§ 33)

Dios nos hace esperar para aumentar el deseo. La espera es el tiempo de la esperanza, y el deseo significa esta espera.

Cuanto más deseamos, más capaces de recibir nos hacemos. Pero la meta final es acoger a Dios en nosotros.

Con Manuel d'Alzon, hagamos crecer la esperanza activando nuestra vida de oración:

“Para que esta esperanza sea incommovible, hemos de pedir su incremento solicitando los auxilios necesarios para la salvación: por lo tanto, el segundo deber que se sigue de la esperanza es la oración, la oración ardiente que brota como un fuego de la meditación. (...)Sí, he de ser un hombre de oración si quiero ser un hombre de esperanza” (Escritos espirituales, p. 409).

IX. LA ESPERANZA Y LA VIDA ETERNA

Nuestra esperanza está puesta en Dios. Sólo Él es nuestra esperanza. Dios quiere que estemos con él por toda la eternidad. Pero, ¿Cómo está hoy nuestra fe en la vida eterna? No digo “vida futura” porque creo sinceramente que la eternidad comienza ya aquí en la tierra por estar orientada nuestra vida según el plan de Dios. Por nuestra manera de vivir ¿Qué dejamos ver de nuestra esperanza, si todo en nuestro comportamiento está dirigido a satisfacer nuestros deseos inmediatos? Nuestro voto de pobreza, por ejemplo: si me dejo atrapar por el frenesí del consumo, doy testimonio de que me interesan poco los bienes eternos. Y lo mismo se puede decir de nuestro voto de castidad: la sed de complacencia inmediata muestra claramente que preferimos satisfacer nuestras pulsiones en detrimento de la felicidad eterna...

La esperanza de la resurrección nos sitúa en el mundo como testigos de una realidad que trasciende el tiempo presente. El cristiano se implica en el tiempo y en el mundo con la certeza de que su acción manifiesta la venida del Reino. La fe en la vida

eterna no es “un opio para el pueblo”, sino una dinámica de transformación para el mundo.

Creemos en la vida eterna. Creo en la resurrección de la carne.

La Virgen María es la figura de la esperanza. Como hija de Israel, “humilde sierva del Señor”, encarna la esperanza de los creyentes; creyó, supo esperar el fruto de la promesa sin temores y con esperanza. Frente a la dura realidad de la misión de su hijo, ella guardaba en su corazón todo lo que sucedía para meditarlo. Podemos apoyarnos en su ejemplo maternal.

¡Salve Regina, Mater misericordiae!

Vita, dulcedo et spes nostra, salve!

¡Salve, oh Reina, Madre de misericordia!

Vida, dulzura y esperanza nuestra, ¡salve!

Llevamos el nombre de la Asunción de la Virgen María. Este patrocinio nos recuerda de manera muy patente que estamos destinados a las realidades eternas y que la vida que desarrollamos aquí abajo no termina con la tumba. La Asunción de María es también nuestra asunción personal. Cuanto más vivamos como hijos de Dios, más participaremos de la vida divina.

CONCLUSIÓN

“Cuando el Hijo del Hombre venga, ¿encontrará la fe sobre la tierra?” (Lc 18,8)

Esta pregunta de Jesús no deja de intrigarme desde hace ya muchos años; y cuanto más pasa el tiempo, más apremiante se me hace. Para mí la pregunta es ante todo: ¿Soy suficientemente creyente o soy un “pequeño creyente”, un ὀλιγόπιστος, como

dice el texto griego, un hombre de poca fe? Y la cuestión se plantea obviamente para todos los creyentes de hoy. Tiene el mérito de estimularnos e instarnos a reflexionar, pero también de llevarnos a verificar la calidad de nuestro compromiso por el Reino. En los Evangelios, Jesús sana, hace milagros, pero a veces se aleja de ciertas ciudades o aldeas porque no puede actuar debido a la falta de fe de la población. ¿Está Cristo presente en la Asunción? ¿Tenemos suficiente fe para que él actúe a través de nosotros y por nosotros? La pregunta es crucial, a mi modo de ver.

Reflexionar sobre la fe es también hablar de esperanza. Cada vez que oigo la pregunta de Jesús, no puedo sino responder “sí”. Seguiré habiendo fe en la tierra cuando vuelva Jesús. Esa es mi esperanza. Esperanza de que el Espíritu de Dios no nos abandonará y de que continuará alimentando el fuego interior de nuestros corazones. Esperanza de que Jesús va a volver y encontrará hombres y mujeres que continuarán siguiéndolo a través de los meandros de la historia.

La fe no se puede medir, decía uno de mis profesores en el seminario. Pero, proseguía, hay también la esperanza y la caridad, que están ineludiblemente unidas a ella y que permiten calibrar, evaluar la intensidad de nuestra relación con Dios por sus consecuencias concretas en nuestras vidas.

En esta carta he querido reavivar la esperanza de los religiosos y laicos de la Asunción. Tenemos una misión que cumplir, y el testimonio de nuestra esperanza es parte de esa misión.

El mundo va mal, decimos. La Iglesia va mal, abundamos aún. Pero el cristiano ¿No tiene nada que oponer a esa constatación?

La esperanza, esa “jovencita que parece insignificante” (« *petite fille de rien* »), como la llamaba Charles Péguy, está siempre ahí para confortarnos en nuestro camino hacia el Reino.

Nada nos separará del amor de Dios: esta es mi más firme convicción. A pesar de las convulsiones, a pesar de los problemas, a pesar de las vilezas que salpican la historia de la Iglesia, a pesar de todo, puedo simplemente decir: Dios no nos abandonará nunca.

"Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin del mundo", nos dice Jesús (Mt 28,20).

Roma, 14 de septiembre
Fiesta de la Cruz Gloriosa

Padre Benoît GRIÈRE a.a.
Superior General

INDICE

Introducción:	3
I. Ver el mundo tal como es	5
II. La esperanza cristiana	8
<i>¿Cómo entender la esperanza cristiana?</i>	8
<i>Cristo es nuestra esperanza</i>	11
<i>Esperanza y misericordia</i>	13
III. Ave crux spes unica mea! Salve, cruz, mi única esperanza	15
IV. Actuar aquí y ahora	17
V. La tentación de la desesperanza	19
VI. Esperanza y comunidad	21
VII. Un ancla en el cielo	22
VIII. Esperanza y oración	25
IX. La esperanza y la vida eterna	26
Conclusión	27

Agustinos de la Asunción
Via San Pio V, 55
I - 00165 Roma
Tel.: 06 66013727 - Fax: 06 6630814
E-mail: Assunzione@mclink.it